

# NARRATIVA DE CORDELIA

# Trilogía del Exceso

Alacranes en su Tinta  Voracidad  
 Ostras para Dimitri




Primera edición en REINO DE CORDELIA, marzo de 2026

Edita: Reino de Cordelia

[www.reinodecordelia.es](http://www.reinodecordelia.es)

  @reinodecordelia  [facebook.com/reinodecordelia](https://facebook.com/reinodecordelia)

 [www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01](https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01)

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid



 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques  
 y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

Imagen de sobrecubierta: © Raúl Arias, 2025

Imagen de cubierta: Detalle de una ilustración publicitaria de Estados Unidos sobre ostras

IBIC: FA | Thema: FUP

ISBN: 979-13-87599-38-6

Depósito legal: M-4957-2026

*Diseño y maquetación:* Jesús Egido

*Corrección de pruebas:* Pepa Rebollo

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso de la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).


# Trilogía del Exceso

Alacranes en su Tinta  Voracidad  
 Ostras para Dimitri

Juan Bas



# Índice

<i>Prólogo para esta edición revisada</i>	II
<b>PÁNICO EN EL TRASCANTÁBRICO</b>	13
<b>ALACRANES EN SU TINTA</b>	35
PRIMERA PARTE. El mapamundi de Bilbao	39
SEGUNDA PARTE. Confesiones de un catador de Franco	125
TERCERA PARTE. El carbonero dipsómano en el Guggenheim	261
 Fuentes y listado completo de los pinchos de El Mapamundi de Bilbao	273
Referencia	279
<b>VORACIDAD</b>	281
PRIMERA PARTE. MI PATRIA ES MI ESTÓMAGO	285
Capítulo I. La Araña de Marte	287
Capítulo II. Dos años en la nada	297
Capítulo III. ¡Rayos y truenos!	303
Capítulo IV. Empacho de pan de hostia	309

Capítulo V. Es bonito, ¿pero es arte?	315
Capítulo VI. Esperpento cristiano en paisaje lunar	321
Capítulo VII. Los impostores	333
Capítulo VIII. La lógica del buscavidas	343
Capítulo IX. En la cueva del troglodita triste	351
Capítulo X. Cuando mejor sabe una dama	361
Capítulo XI. Mordiscos de pasión	367
SEGUNDA PARTE. MI ARMA ES SU HAMBRE	375
Capítulo XII. La guarida de Karlovo	377
Capítulo XIII. Polvo eres y en diamante te convertirán	391
Capítulo XIV. El secreto de la mesa camilla	401
Capítulo XV. Inanición	407
Capítulo XVI. Hay que fusilar a todos	417
Capítulo XVII. Te gustan los dulces, ¿eh, cerdita?	421
Capítulo XVIII. Un roedor entrañable	429
Capítulo XIX. La página web de Ricardo Ares	433
Capítulo XX. Todo se desvanece	447
Epílogo	453
<b>OSTRAS PARA DIMITRI</b>	<b>455</b>
PRIMERA PARTE. PERROS BÍPEDOS O LAS ENCARNACIONES DEL <i>KITSCH</i>	459
Capítulo I. Mendigar en Gotham City	461
Capítulo II. El hotel de Gran Canaria	471
Capítulo III. Solo los tontos se permiten ser optimistas	483
Capítulo IV. Una gruesa de ostras	491
Capítulo V. El lacónico primo Iván	503
SEGUNDA PARTE. ANIMAL DE CRESTA ROJA RECIÉN COMULGADO Y BEBIDO O CÓMO METER A QUINCE NAVARROS EN UN SEISCIENTOS	513

Capítulo VI. No creo en Dios ni en el Licor del Polo	515
Capítulo VII. Una paja no es una masacre	523
Capítulo VIII. El huesero	531
Capítulo IX. El descendiente del general Zumalacárregui	537
Capítulo X. La curiosidad de las vacas	545
TERCERA PARTE. EL BALAZO EN EL ÁRBOL O LOS FEROCES GEMELOS SIAMESES	553
Capítulo XI. Si de verdad quieres ir a París, mátaló	555
Capítulo XII. Vera y el Cardenal Mendoza	559
Capítulo XIII. Los hijos únicos	565
Capítulo XIV. La niña que jugaba al escondite	569
Capítulo XV. Los cazadores de pobres	573
Capítulo XVI. Un billete de cinco mil rublos	581
Capítulo XVII. Balas perforadoras de calibre cincuenta Browning	585
CUARTA PARTE. EL MÁS ATROZ DE LOS ASESINATOS O LA CULPA INDELEBLE	589
Capítulo XVIII. El perdón imposible	591
Capítulo XIX. Muerto de miedo	603
Epílogo	609
Nota de agradecimiento	613

# Prólogo para esta edición revisada

AGRADEZCO MUCHÍSIMO a Jesús Egido, mi editor de Reino de Cordelia, que aceptara de buen grado y al instante el ofrecimiento que le hice de publicar en un solo volumen mis novelas *Alacranes en su tinta*, *Voracidad* y *Ostras para Dimitri* en una edición revisada. Me congratula sobremanera y estoy seguro de que se materializará en un precioso libro —así ha sido con mi novela de no ficción *El pensamiento vuelve a la sangre*, que se publicó en febrero de 2025—, marca de la casa de Reino de Cordelia.

*Alacranes en su tinta* la publicó por primera vez Ediciones Destino en 2002; *Voracidad* y *Ostras para Dimitri*, ambas Ediciones B en 2006 y 2012, respectivamente. *Alacranes en su tinta* tuvo un éxito paulatino y con sus diferentes ediciones se mantuvo en las librerías bastantes años. De las publicaciones por Europa destaco lo bien que fue en Alemania y la ilusión que me hizo que se publicara en Francia en la mítica Série Noire de Gallimard con el título *Scorpions pressés*. Todavía hoy, hay personas en España que me dicen que han descubierto la novela o la han releído. En *Voracidad* ensayé una arriesgada combinación de horror y humor. Guillermo Saccomanno afirma que «el espanto y la risa son hermanos incestuosos», pero su apareo te puede costar que salga un engendro grotesco. La salvaje novela, la más excesiva de las tres, me reportó el Premio Euskadi de Literatura. Con *Ostras para Dimitri*, influida por el deslumbramiento que me causaron los contrastes de Moscú en mi primera visita a esa ingente ciudad, cerré el ciclo narrativo y me despedí de mi protagonista. Quien tenga interés en saber las distintas ediciones que tuvieron

las tres novelas y a qué otros idiomas fueron traducidas lo encontrará de modo detallado en mi cochambrosa página web: [www.juanbas.es](http://www.juanbas.es)

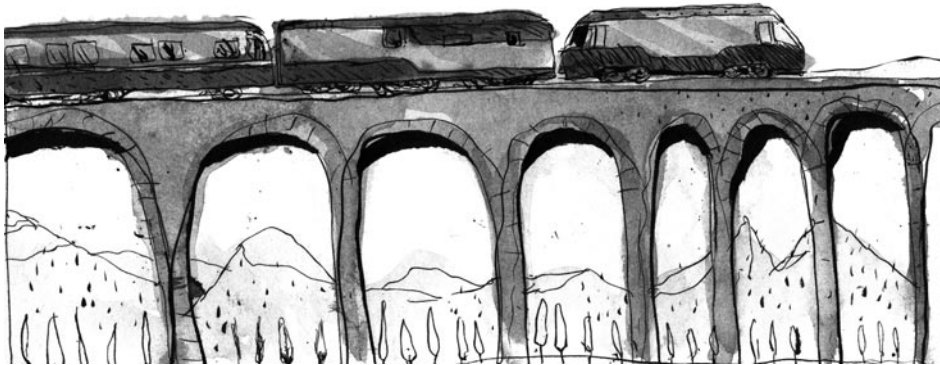
Cuando las tres novelas ya habían visto la luz —de un trabuco—, me referí a ellas en alguna entrevista como *Trilogía del Exceso*. Ahora, es para mí motivo de dicha ver ese título como el general para el libro.

Escribo este breve prólogo antes de abordar la revisión de la trilogía. Me centraré en una esmerada corrección sintáctica —creo que he depurado mi sintaxis con los años—, sustituciones de sinónimos y mejora de construcciones verbales y si alguna palabra o incluso frase me parece que sobran, me las cargaré. No creo que agregue nada más allá de pequeños detalles, pero nunca se sabe. Lo que sí tengo decidido de antemano es que no rebajaré un ápice la incorrección política de variada índole que abunda en las tres novelas. Creo que hacerlo sería tramposo con la voz del personaje, con mi concepción de las novelas en su momento, con mi repudio de la autocensura y con los lectores. Además, excedería los límites de una edición revisada.

A modo de introducción o aperitivo del tocho, incluyo el relato *Pánico en el Transcantábrico*, que forma parte del volumen *La taberna de los 3 monos y otros cuentos alrededor del póquer* —Destino, 2000—. Es porque ahí me inventé o di con el personaje de Pacho Murga. En el cuento, una parodia de las novelas corales con asesinatos de Agatha Christie, Pacho aparece todavía mecido por su vida muelle de niño de papá que vive a la sopa boba y es aún más chorra y pijo que después en las novelas, donde su progresivo desclasamiento lo convierte en un pícaro moderno y un superviviente del abismo.

JB

# Pánico en el Transcantábrico



SÁBADO: SAN SEBASTIÁN - BILBAO

SIEMPRE ME HA CHIFLADO viajar en tren. Me parece adecuado comenzar con una frase positiva, aunque sea una exageración, este diario de viajero en el que sin pretensiones literarias —punto malo para ti, Pacho Murga, en los diarios hay que ser sincero— reflejaré los sucesos y las impresiones de este periplo de ocho días por la cornisa cantábrica.

Me habló del ferrocarril Transcantábrico mi amigo Nacho Totela una noche en la que ambos coincidimos en los cajeros automáticos del casino de nuestro querido *bochito*; esperábamos a que dieran las doce para que fuera otro día y sacar de nuevo cincuenta mil pelás. Me explicó que era un lujoso convoy que hacía el viaje desde San Sebastián hasta Santiago de Compostela o viceversa, sin prisas, con parada en un montón de sitios para practicar el turismo y la gastronomía. Y que las noches se pasaban en el propio tren, una suerte de hotel de cinco estrellas rodante, detenido esas horas para reforzar el descanso nocturno.

Ahora, escribo estas líneas desde mi compartimento doble de uso individual y he constatado que, como de costumbre, el amigo Nacho exageraba: el mobiliario de los tres vagones sala de estar es de una calidad aceptable pero de estética convencional, y las sábanas no son de satén de cuatrocientos hilos. La impresión de conjunto, no obstante, es de aprobado, digamos un cinco y medio.

Pero este atrezo y puesta en escena no es más que la salsa bien ligada de la sorda. Lo que me decidió a sacarle a papá la considerable pasta que cuesta la excursión son las timbas de póquer que se juegan por las noches, sobre el papel

bajo cuerda, en uno de los salones y que al parecer son famosas entre muchos jugadores de la piel de toro.

Seis partidas, una por noche —hoy no se juega, la primera velada se destina a la inscripción y a conocerse un poco los cinco jugadores entre sí—, en las que Fausto, el encantador jefe de convoy al que me acaban de presentar, oficia de organizador y crupier; se lleva un cinco por ciento de lo que se juega, ¡como para no ser simpático! En fin, con la práctica de mi pasatiempo favorito espero pasarlo tan ricamente en esta recreación de andar por casa del mítico Transiberiano.

He prescindido de las dudosas atracciones previas a la salida del tren de esta primera jornada: comida en San Sebastián en el para mí archiconocido Zuringa, cuya cocina clasicona carece de sorpresas memorables, y excursión para una visita guiada a la Casa de Juntas de Gernika. Con lo que los bilbaínos cosmopolitas como yo tenemos que aguantar de los plomizos nacionalistas voy a ir a visitarles el santuario, ¡están frescos! Así que he obviado también la copa de bienvenida y la cena en el vetusto Muxitxarko de las Siete Calles y he acudido directamente al tren, que parte de Bilbao mañana por la mañana.

Aunque solo son las doce, me caigo de sueño. ¡Ay!, los excesos etílicos de anoche en la despedida de soltero de Julito Currutaca. Uncirse al yugo conyugal cumplidos los cuarenta; y además con la insufrible Merche Chanfradas de toda la vida. ¡Qué pena!

Dejo para mañana, tras el fogueo esclarecedor de la primera partida, la descripción de mis compañeros de mesa. Releeré en la cama hasta que el álbum —de lomo de tela, por supuesto— se me caiga sobre las gafas, *Tintín en el Tibet*.

NOTA BENE. He instalado la camita de Milo, adornada con las viñetas de Milú bebiendo Loch Lomond en *La isla negra*, en medio del compartimento. No parece extrañar nuestro cómodo piso dúplex y se ha quedado dormidito enseguida; espero que el traqueteo del tren no descomponga su delicado metabolismo de mimado fox terrier ratonero.

DOMINGO: BILBAO - SANTANDER

EL TREN DE MARRAS no pasa nunca de los cincuenta kilómetros por hora, dicen que es para que admiremos el bello paisaje a nuestra anchas; lo que resulta es un soberano muermo.

Parada en Laredo para darse un chapuzón. ¿Un domingo de agosto? ¿Con la playa llena de globeros que llaman a la arena tierra? Ni pensarlo. He optado por un paseo con Milo y tomar el aperitivo en la terraza del Chalota, la cafetería más potable de este masificado pueblo de veraneantes de medio pelo.

Sentado en un poyete de piedra cercano a las mesas, redacto estas reflexiones en mi bonito cuaderno de papel milimetrado con la portada de *El cetro de Ottokar* en la tapa, después de haber mantenido un desagradable rifirrafe con un camarero que para su justa desgracia era la viva imagen de Rowan Atkinson. Me he privado de ejercer mi apabullante superioridad de clase y cultural sobre el mostrenco. Y tras abstenerme de esgrimir las razones de derecho natural por las que Milo podía permanecer en el recinto de terraza, he optado por desplazarme a este neutral rincón con mi Campari y el paquete de patatas *chips* pasadas de punto de sal.

Comida en Santoña, a la que nos han llevado desde Laredo en un incómodo barquichuelo, casi una gabarra; el pobre Milo se me ha mareado. La colación en un restaurante sobre la bahía: El Pesebre de Paulino, al instante adicionado a mi lista negra. Comedor al aire libre con invasión de moscones cojoneros tamaño B-52, hedor a fritanga innoble navegando por el ambiente y paella berroqueña con marisco de látex.

La expedición completa la formamos unos treinta. Nos han repartido en mesas de cuatro. He intentado sentarme a la de alguno de mis futuros compañeros de juego, pero han aducido con gentileza que tenían los huecos reservados para otros comensales que, finalmente y cosa rara, no se han presentado. Me ha tocado comer con un japonés que absorbía el arroz como una aspiradora y una pareja de inexpresivos tenderos de Figueras —increíble: ¡no han visitado jamás el museo Dalí! ¡Qué pelaje!— que con total impertinencia han osado llamarme la atención porque permito a Milo comer de mi plato. ¡Brutos insensibles! Como las veladas de póquer no estén a la altura que espero, me arrepentiré del embarque en esta horterada de vía estrecha.

Por fin, Santander a la caída de la noche. Tras la convencional cena —lo mejor, el acabado de la fritada de costrones de pan que acompañaba a la diluida *vichyssoise*— en el encorsetado Chiquitín, visita al casino de aires deliciosamente provincianos de la ciudad cántabra. He jugado un poquito aquí y otro poquito allá para hacer placentero tiempo hasta las doce, la hora acordada para la primera partida en el tren. Espero que los dioses del póquer me sonrían y poder resarcirme de mi escasa inspiración en el Black Jack, pero sobre todo del descalabro a la ruleta.

Retomo el diario en la intimidad de mi compartimento tras la partida de póquer.

Milo se despierta y se entretiene horadando una de mis pantuflas.

Me han dado para el pelo. Una de esas noches en las que no ligas nada y cuando ligas otro te hace la puñeta con munición más gorda. Pero balance negativo solo con las cartas, que conste, ya que un electrizante filin se ha desatado entre la bella Covadonga y yo; mas vayamos por partes.

El juego ha sido en el primer vagón sala, el más alejado del lamentable karaoke que hasta altas horas ha perturbado el vagón bar.

Haré una sucinta presentación de mis compañeros de partida. En primer lugar y por orden de colocación en la exigua mesa, don Amancio Bocarrot, general de división retirado, un gallego de Ferrol rastacueros y campechano que hace el viaje acompañado de su silente esposa, la diminuta doña Filo.

El juego del militarote es primitivo como una carga de caballería, pero eficaz: nos ha levantado en poco más de tres horas unas cien mil pesetitas.

El segundo jugador es Karlos Sukarrieta —sí, sí, no es una errata, así lo remarca y escribe el majadero, Carlos con «k»—, un ajado *playboy* que reside en el pretencioso pueblo vizcaíno de Mundaka. Enólogo y crítico gastronómico sin fuste ni criterio —le he oído alabar la brandada de bacalao al hormigón del restaurante Oskizola de Bermeo—, nacionalista, pedante, presuntuoso y para colmo dándose las de seductor con la fascinante Covadonga delante del apocado Jacinto, el marido. ¡Qué poco gusto! Me ha caído francamente mal este fantasmón.

He de reconocer, eso sí, *noblesse oblige*, que no juega al póquer mal del todo.

Después tenemos a madame Perruche, sexagenaria parisina, mundana, anti-pática y aquejada de cierto gigantismo; se parece bastante a la genial Margaret Rutherford, la mejor miss Marple que ha pasado por la pantalla grande. Ocupación: echadora de cartas de tarot y astróloga, es decir, buscavidas profesional. Habla español bastante bien pero con ese cargante acento con que los franchutes lastran la pronunciación de nuestro hermoso idioma. Viaja con una dama de compañía de parecida edad, la siniestra Odile, que solo se comunica con su patrona en un impreciso idioma que podría ser búlgaro.

Madame Perruche es una sutil jugadora: me ha destazado en una mano crucial con un bien disimulado color sobre mi escalera al rey. No volveré a tener con ella la deferencia de hablarle en mi académico francés.

Y por último, pero desde luego no en orden jerárquico, la guapa Covadonga Pernil, diputada en Madrid por la mayoría gobernante —el que sea una española no parece importarle en materia de salacidad al integrista Sukarrieta—. Una mujer

de atractivo irresistible: unos cuarenta años perfectamente apuntalados, rubia —tal vez con un exceso de inmovilizadora laca en la media melena—, alta, distinguida, esbelta pero opulenta —*quel poitrine, mon Dieu!*—, derrochando clase pero también con un *je ne sais quoi* de cara de puta que la hace arrebatadora en su conjunto. Viaja con su marido, el ya citado Jacinto, un hombrecillo insignificante que más parece el secretario que su cónyuge. La principal ocupación del maridito es cargar en brazos a Pancho, un escuchimizado chihuahua macho que intenta en vano la monta por retaguardia de mi contemporizador Milo cada vez que lo ve. El séquito de la señora Pernil se completa con Rebollo, el guardaespaldas, un musculoso treintañero sin relieve y con cara de muñeco de plástico.

Covadonga juega bastante mal, me parece lógico: tanta perfección habría resultado inhumana.

Ganar el ciclo de partidas de póquer y seducir durante este viaje a la adorable parlamentaria Pernil son las hedonistas metas que me he propuesto. Contar con la nada temible rivalidad del fantoche Sukarrieta por las mieles de la dama supone un reto añadido. La continuación, mañana.

NOTA BENE. Se me había olvidado anotar que para esta primera partida he lucido una corbata de la serie *El templo del sol* en la que el capitán Haddock, sobre fondo verde esmeralda, corre cuesta abajo perseguido por un bolón de nieve. No me ha dado suerte. Mañana me pondré la del estampado de Tintín saliendo del jarrón chino en *El loto azul*.

LUNES: SANTANDER - CABEZÓN DE LA SAL

UN SUCESO TRÁGICO ha roto la cómoda monotonía del viaje. Ha sido al retomar el tren hacia Comillas, después de la visita a Santillana del Mar, que como dice con justeza el dicho popular ni es santa, ni llana, ni tiene mar. Por cierto, que mientras paseábamos a trompicones por las calles empedradas del pueblo monumental, el plasta de Sukarrieta ha hecho lo indecible por caminar al lado de Covadonga y separados de los demás. Pero los he interceptado con una hábil maniobra y me he puesto en medio tras un cambio de rasante y al tiempo que Sukarrieta se rascaba una legaña.

Jacinto, el cornudo en potencia, no se enteraba de nada, ocupado en atender las repetidas micciones del chucho Pancho y la historieta de la campaña de Sidi

Ífni que nuestro particular *miles gloriosus*, el general Bocarrota, le endilgaba, según oí cuando los adelanté al trotecillo corto para alcanzar a Covadonga y a Karlitos, como ella lo llama con fina ironía.

La estudiada forma de ignorarme que ha tenido Covadonga mientras conversaba de necedades con Sukarrieta, me ha indicado en inequívoco código secreto que prefería mi compañía, pero que su exquisita educación le vedaba hacer un feo al engolado fanfarrón y permitirse el apetecible aparte conmigo. Con tacto diplomático se ha despistado de nosotros dos, solo hermanados por la condición de rendidos admiradores, cuando penetrábamos a la colegiata románica; ha escogido obrar con discreción y pechar con la renuncia a mi compañía antes que ponerse en evidencia frente a todos: ha desaparecido —cuando ha creído que nadie la veía; mujer elegante hasta en los mínimos detalles— en el interior de un portal recoleto con la única y lógica compañía, servidumbres del cargo y la seguridad, del gorila Rebollo.

Pero lo galante debe quedar aparcado un momento; mi obligación de serio redactor de este diario es reseñar ahora el luctuoso suceso que se ha descubierto hace menos de una hora, cuando hemos parado en Comillas para comer en El Capricho, la estrambótica edificación debida al visionario Gaudí.

Cuando ya habíamos subido todos al incómodo autobús que debía acercarnos al restaurante, nuestra guía, la ceceante señorita Aitziber, se ha dado cuenta de que faltaba el japonés. Hecho extraño, pues el nipón habría preferido hacerse el harakiri antes que saltarse una comida.

El motivo de la ausencia se ha revelado enseguida. No nos habíamos dado cuenta de la tragedia porque hemos descendido del tren por el lado opuesto al de la ventana de su compartimento. Al forzar la puerta de este, Fausto, nuestro jefe de tren, ha descubierto al señor Tatsuni —Kenji Tatsuni era el nombre completo del malogrado oriental— desafortadamente asomado a la ventana, con medio cuerpo dentro y medio fuera, casi en equilibrio, no conseguido del todo porque la mitad exterior resultaba descompensada por un detalle: terminaba en el cuello; el pobre Tatsuni había perdido la cabeza en el sentido más físico de la expresión.

Fausto nos contó por la noche en el vagón bar, en el que preparan unos *dry martinis* insalubres, que la cabeza había aparecido doce kilómetros atrás. El japonés se la había cercenado contra un recio poste de cemento con agudos cantos. La explicación está clara para la Policía: el inconsciente turista se asomó demasiado para ver algo y a pesar de la baja velocidad del convoy el leñazo fue definitivo. Solo se reseña un detalle extraño: el cuerpo no conservaba ni una gota

de sangre, algo lógico tras la decapitación, pero no se ha encontrado ni rastro del reguero de los cuatro o cinco litros de plasma a partir del punto cisorio. La Policía concluye que los animales del bosque se la habrán bebido. Y yo añado, puede ser. Pero por la misma regla de tres, ¿por qué no se han jamado también la cabeza?, ¿eh? Y otra reflexión en aras del escepticismo: ¿no resulta cuando menos chocante que un pulcro ejecutivo japonés de la Toshiba se ponga a hacer equilibrios con medio cuerpo fuera del tren cual crío beodo? Como todo tintinófilo tengo mente detectivesca y acabo de ponerla en marcha.

NOTA BENE. Debido a las horas de parada por el óbito, hemos llegado a la población de pernocta, Cabezón de la Sal, muy tarde. Nos hemos tenido que conformar con una rudimentaria cena fría improvisada en el tren. No creo que lo que nos aguardaba en el restaurante El Sobao fuera mucho mejor. Y tampoco hemos jugado al póquer. Todos estamos impresionados por el horrible ¿accidente?

MARTES: CABEZÓN DE LA SAL - RIBADESELLA

REANUDO EL DIARIO al final de la jornada de este martes, en realidad ya miércoles pues son más de las cuatro y el tren reposa rodeado por el opresivo silencio asturiano y el sonido latoso de la lluvia. Y abordo su escritura preso de excitación mezclada con unas gotas de desasosiego debido a la impaciencia.

Muy poco que consignar de las horas diurnas: vagabundeo sin rumbo por San Vicente de la Barquera; en Llanes, unas fabes con almejas —mejor las hubieran destinado a rellenar alguno de los numerosos socavones que adornan el pueblo— regadas por la inevitable sidra que me descompone el intestino cual severo laxante y cena en un anodino figón de Ribadesella nominado para el olvido como Casa Páncreas, donde me las he tenido que ver con el fósil de un sargo ahíto de vinagre barato.

Desde que el tren puso una rueda en la frontera de Asturias, no ha dejado de llover con saña. Esta húmeda circunstancia ha sido aprovechada con presteza por el desleal Sukarrieta. Munido de un descomunal paraguas ha tapado en todos los recorridos a pie a Covadonga, que disimulaba el tedio producido por la cháchara del obtuso con exageradas carcajadas bajo el excluyente espacio de la seta rojiblanca.

Ha sido un error táctico por mi parte guarecerme de la lluvia con el gorrito impermeable y el chubasquero transparente, a juego con el de Milo, a quien a

pesar de esta protección el agua ha desteñado un poco su blanco immaculado. Luego, en la intimidad del compartimento lo he retocado con el espray para emergencias de este tipo. Me ha confortado de estos disgustillos lucir mis pantalones fetiche: los *breeches* color marrón chocolate.

Después de la cena, recuperados ya del trauma del japonés acéfalo y reducida mi suspicacia, hemos jugado al póquer en el tren desde la medianoche hasta las cuatro. Durante la partida, en una de las manos enconadas he tenido que enfrentarme a un conflicto de intereses que creo haber resuelto por el lado correcto, el de la caballerosidad: mi Jekyll seductor se ha impuesto al Hyde jugador sin piedad. Ha sido durante un envite en el que hemos ido todos menos el agazapado Sukarrieta —tengo unas ganas de hacerle sangre en cuanto pille un póquer de algo—, que daba sorbitos displicentes de su copa llena de Dominio de Conté reserva del noventa y uno.

El petulante carroza solo bebe vino, vino tinto a cualquier hora con dedicación exclusiva al Rioja: endémica limitación de miras acorde con el credo nacionalista. ¡Menudo fraude de enólogo! Resulta patético verle aspirar el caldo como una iguana y poner los ojos en blanco mientras dice que capta el retrogusto.

Pero volvamos a la mano en cuestión. Antes del descarte, la fornida madame Perruche había envidado con una ficha de cinco mil, que Bocarrota y yo igualamos; pero mi gentil Covadonga no se conformó con el monto y subió otras cinco mil; las vimos también. Un servidor tenía en la mano una sólida y prometedorra pareja de ases; Perruche y el general también iban con pareja, pues se descartaron a su vez de tres: a la búsqueda del trío, salvo Covadonga que con candorosa falsedad dijo que estaba servida. Se dio el descarte y me salió el trío, y yo con un trío de ases voy al infierno, le estiro del rabo a Satanás y vuelvo.

Hablaba mi señora Pernil. Sus senos de dar fiebre, mal contenidos por una blusa de seda cruda osadamente escotada, subieron y bajaron por obra de un suspiro fingido. Metió veinte mil pelras y esbozó un gracioso mohín con sus labios de diosa, al tiempo que nos retaba con un encantador deje de niña bien de la calle Serrano. Con esa rudimentaria impostura para encubrir el farol que intentaba alumbrar engañó a Perruche y a Bocarrota, que se retiraron. La apisonadora de mi mente de jugador letal casi se impuso, pero me pareció que agradecería el detalle de dejarle colar el farol; así se lo anuncié con gracia y le otorgué la golosa mano. Covadonga me agradeció la gentileza con una broma sarcástica que disimulaba su deslumbramiento real por el gesto: dijo que en realidad yo me echaba atrás por

puro acojono. En cualquier otra mujer esta llaneza habría repugnado. Para pecar al untuoso Sukarrieta que así se seducía a una dama de su talla y no con las babosadas que él solía esgrimir con ella, le guiñó un ojo tras arramplar con la pasta.

Un rato después, Covadonga, que ha seguido en racha, dijo que estaba cansada y deseaba retirarse. El general Bocarrota se quejó con unas leves blasfemias y recordó que el que gana no se levanta ni aunque suenen las trompetas del juicio final. Covadonga explicó que ya tenía previsto cómo pactar la retirada y envió a su fiel pistolero Rebollo a que despertara a Jacinto para que la sustituyera. A todos les pareció bien la permuta; pensé inmediatamente en otra dirección más tentadora que reanudar el juego con el manso cabestro.

Al cabo de unos minutos, durante los cuales el enmohecido Sukarrieta osó levantarme mil duros con un trío de inconsistentes seises sobre mis dobles parejas de reyes y reinas, compareció el ínfimo Jacinto con pijama granate y enfundado en una bata de lanilla beis. La bella Covadonga lo conminó a que se espabilase y no la jorobara, ya que lo dejaba responsable de un rico capitalito capturado.

Rebollo abrió camino hacia el coche cama de la maciza —que es también el mío, favorable casualidad— seguido por ella, que se despidió de todos menos de mí: *voilà!* Esa era la contraseña para que fuera a visitarla.

He jugado solo unas cuantas manos más, sin convicción, la mente ensoñada en Covadonga esperándome, con ese cuerpazo tendido sobre el tibio lecho. El quedarme sin un duro ha sido la disculpa creíble para abandonar la partida sin despertar sospechas: nadie ha puesto pega alguna.

Y así los he dejado hace ya un buen rato, picados los unos con los otros. No es aventurado colegir que la partida se extenderá hasta la madrugada, tiempo más que suficiente para un encuentro con mi embrujadora.

Mi hueco lo ha ocupado la lúgubre Odile, que nunca se separa de su jefa y entretiene el tedio con paciencia balcánica: teje como Penélope un inacabable suéter de lana con unas largas agujas de plata. Una partida con subalternos. Aunque no hubiera pendiente una promesa sexual, me habría retirado igualmente.

Cuando ya me aproximaba con pasos sigilosos al compartimento de mi amante, se ha abierto la puerta del mismo y ha salido de él Rebollo con la americana en la mano y la camisa semiabierta; qué falta de respeto estando al servicio de una parlamentaria. Me ha dado el tiempo justo de esconderme tras el recodo del pasillo; desde allí he podido observar cómo Covadonga sacaba por la puerta uno de sus largos brazos, aferraba con autoridad por la muñeca al guardaespaldas y lo conminaba

a volver al interior con el requerimiento inapelable de que todavía no había terminado con él del todo. Rebollo ha puesto cara de circunstancias y ha obedecido. Y ya llevan ahí dentro más de una hora. Coitado Rebollo, no sé qué grave falta habrá podido cometer para que la diputada Pernil le meta un rapapolvos tan largo.

Así que distraigo la espera en mi compartimento con la escritura de todo este rollo y la puerta entreabierta, sin perder de vista la de Covadonga. Confío en que el amonestado escolta salga pronto y me dé todavía tiempo para un revolcón rápido con tan apetitosa señora. Con tal de que mientras no me venza el *sueñ*

MIÉRCOLES: RIBADESELLA - GIJÓN

COMO ME QUEDÉ DORMIDO —¡maldita sea!— con la puerta abierta y en el suelo, me he despertado esta mañana con la desagradable sorpresa de que Milo había desaparecido. Para alivio de mi presión sanguínea lo he encontrado enseguida. Lo custodiaba en el segundo vagón sala la familia Botillo, unos obesos leoneses lerdos pero serviciales, que le ofrecían, sin que mi sibarita can se diera por aludido, tocino de sus grasientos desayunos; ¡entrañables rústicos!

No llueve y luce el sol. Escribo mientras fumo —con boquilla, por supuesto—, tras el desayuno, el primer cigarrillo Dunhill mentolado del día. He observado a Covadonga desde mi mesa, a la que nadie osa sentarse nunca, parece que adivinaran que no soy un ser humano sociable hasta después del segundo café. Cuando nuestros ojos han coincidido, ha cambiado la dirección de la mirada con gesto adusto. Está enfadada conmigo, cree que desprecié su invitación de anoche. ¡Bah, mujeres! Que no hubiera tardado tanto tiempo con la filípica a Rebollo.

Se me ocurre aprovechar que Pancho, su chihuahua, ha venido a buscarle las vueltas a mi todavía aturdido Milo, para deslizar un mensaje aclaratorio y con la propuesta de una nueva cita en el collar de la ridícula mascota; pero temo que el marido pueda descubrirlo y desisto de la idea. Cambiaré de táctica y la ignoraré con arrogante distancia; fingiré que la condeno al ostracismo hasta que vuelva rendida a comer de mi mano.

Ha sucedido otro hecho desagradable. El deseo colectivo es que no tenga un desenlace trágico, como el del señor Tatsuni. Una de nuestras compañeras de viaje ha desaparecido durante la excursión de esta mañana por el agreste parque nacional de los Picos de Europa. Se trata de una jovencita inglesa de veinte años,

Polly Flock, que hace la ruta del Transcantábrico con una amiguita de parecida edad, de la que se había rezagado para recoger florecillas silvestres, sus preferidas, según ha especificado Magnolia Burner, la compañera. ¡Y ya no la ha vuelto a ver! Es rarísimo y así se lo parece también a la Guardia Civil, que peina la zona.

Alguna vez me he fijado en Polly. La chica es un poquito robusta y con cierta cara de oveja, algo demasiado frecuente entre las británicas, pero lozana y deseable. Quiera Dios que no haya caído en las garras de un sátiro, un depravado o incluso algo peor.

Nos hacen volver al autobús para continuar ruta al lago Enol y al santuario de Covadonga. Esperemos que antes de la comida en Cangas de Onís se haya aclarado el incidente de la chica. Amenazan con llevarnos a un restaurante que se llama Los Alquitranes, será la quintaesencia del horror.

Estamos en Gijón. He desertado de la tasca que tocaba de condena y me he ido por mi cuenta a cenar al Bustos Domecq, el mejor restaurante argentino de España, atendido por los dos viejecitos educadísimos y encantadores de siempre. De nuevo he escogido ese milagro sobre las brasas que llaman bife Parodi.

Una vez de regreso al tren, Fausto me ha informado de que siguen sin encontrar a la inglesita. Es inexplicable. ¿Cómo ha podido alejarse tanto en tan poco tiempo? La excursión transcurría dentro de un perímetro poco extenso. ¿Estará quizá noqueada en una cueva que no han descubierto? ¿Habría sido devorada hasta la desintegración por uno de los escasos osos de la zona?

Esta noche he vuelto a perder al póquer, tampoco por este lado entiendo lo que sucede. Pero al menos he disfrutado del placer cuasiorgásmico de ver cómo le metían al bobo de Sukarrieta un palo de los de dar cefalea una semana. Ha sido Bocarrota; desde ahora lo voy a llamar mi general cada vez que me lo encuentre. Han quedado los dos solos en una mano y se han envidado mutuamente hasta acabar con el resto de uno, el de Bocarrota era el menor, y casi también con el del otro. El que con más ímpetu ha engordado las apuestas ha sido además el bocazas; el templado general ha subido también cada vez, pero poquito más, dejando la iniciativa al «bebe sin sed», como diría Haddock. Ambos se habían desecho de dos cartas. Cuando se ha igualado la mesa, se apilaban sobre el tapete fichas por valor nada menos que de cuatrocientas treinta y dos mil pesetas. Sukarrieta ha enseñado entonces con chulería de paleta un *full* de reyes ases; Bocarrota, con cachazuda socarronería, un póquer de ochos. Al bufón se le ha descolgado la mandíbula y todo rastro del insultante buen humor que había lucido durante el día. Ha aban-

donado la partida y se ha ido a su cubil reconcomido por el rencor. No le ha restado valor ni para mirar de reojo a Covadonga a la que, dicho sea de paso, veo sufrir por mi desprecio; pero sin perdón, aunque me cueste un gran esfuerzo no correr hacia sus brazos. He de ser más duro que Moriarty.

NOTA BENE. A Milo le ha sentado mal la cena; no me extraña y soy el único culpable, no he debido dejarle comer panqueques en el Bustos Domecq. Ha puesto la moqueta del compartimento hecha un cristo. Como no goce al menos de la compensación de tirarme a la interfecta, voy a recordar este viaje con tanto cariño como una visita a Dachau.

JUEVES: GIJÓN - LUARCA

ESTAMOS PARADOS en la estación de Oviedo, a la que el tren ha llegado antes del previsto mediodía. La razón mecánica es que la máquina ha ido a una velocidad mayor de la habitual; la razón silogística es aterradora: ¡se ha cometido un asesinato a bordo!

Mi general don Amancio Bocarrota ha aparecido a primera hora de la mañana en la ducha de uno de los cuartos de baño, para uso de los que no tienen *toilette* en el compartimento por pagar menos, con un gran tenedor de servir de dos púas anclado en la yugular. Lo ha encontrado la pobre doña Filo, su mujer, extrañada por la tardanza. El cuerpo estaba ya completamente desangrado. El agua de la ducha, que seguía manando, al menos ha evitado a la pobre viuda el cruento espectáculo de tal acumulación de chillona sangre.

El asesinato se ha cometido con el tren ya en marcha, pero esto no es suficiente prueba de que lo haya perpetrado alguien del viaje. Así se lo parece también al comisario al frente de la brigada de Policía secreta que ha subido al convoy en un apeadero. El asesino pudo acceder al Transcantábrico por la noche, en Gijón, haber permanecido oculto hasta la comisión del crimen y saltar después a la vía; recordemos una vez más que el ingenio marcha a pedo de burra.

Pero ¿cuál ha sido el móvil? El robo queda descartado: el general estaba en pelota. Yo, movido no por la inquina, por si algún mequetrefe de mente mezquina pudiera aventurarlo, sino por el deber de sabueso aficionado y mi condición de probo ciudadano, he referido al comisario Ginés Peñota, que parece un curtido

profesional, la paliza al póquer que la víspera le había arreado don Amancio al turbio Sukarrieta. Al oír la sugerencia de móvil, el torcido independentista me ha querido saltar al cuello. «¿Como al indefenso occiso?», le he gritado con sorna mientras un eficiente subinspector me lo quitaba de encima.

Con el tren paralizado en Oviedo estamos todos, viajeros y empleados, retenidos en los vagones sala a la espera de que el juez levante el cadáver y sometidos al interrogatorio de la Policía. El general perdió la vida entre las ocho y media de la mañana, que acudió al baño, y las nueve que lo encontró doña Filo. Yo estaba ya desayunando en público a esa hora, al igual que madame Perruche, Odile y Jacinto: tenemos coartada. Covadonga permanecía todavía en la cama, pero se ha acogido a la inmunidad parlamentaria para no ser importunada. Rebollo, el guardaespaldas, ha tenido que valerse de una justificación más comprometida: a esa hora yacía con Magnolia Burner en el compartimento de esta. Así lo ha declarado la propia muchacha, que buscaba en la dudosa ternura del gorila consuelo a su angustia. Ya que Magnolia es la amiga, que tampoco está mal, de la inglesita desaparecida en los Picos de Europa. La coartada de Rebollo ha puesto hecha una furia a Covadonga. No me sorprende, es intolerable tal falta de celo profesional por parte del pistolero a sueldo, entregado a las bajas pasiones mientras un asesino merodeaba por el Transcantábrico.

Covadonga ha contactado con la sede del partido en Madrid y ha exigido que le cambien de escolta. Después, ha echado con cajas destempladas a Rebollo, que ha hecho mutis con una sonrisa cínica y dos crípticas palabras: «Qué descanso».

Tras el exhaustivo interrogatorio solo se han quedado sin coartada de ninguna clase el torvo Sukarrieta, que dice que a esa hora hacía gimnasia en su cubil pero nadie puede corroborarlo, y el guineano Basilio Mongono, pinche de cocina, que asegura que simplemente estaba escaqueado de sus deberes y fumándose un porro de marihuana —transparente morenito— escondido en el almacén.

Disfruto de lo lindo viendo sudar a Karlitos mientras los policías registran su compartimento y el del sospechoso negro —país de racistas—. No me va a sorprender nada que el nacionalista sea el asesino. A la razón de la pasta que le había ganado el general, puede sumarse su condición de militar para eliminarlo; tengamos en cuenta que este separatista, como tantos otros, es probable que lleve dentro a un pequeño etarra.

Mi sorpresa ha sido mayúscula cuando han detenido al friegaplatos Mongono y le han puesto las esposas. Bajo su catre han encontrado, con rastros de sangre, el reloj de Bocarrota: un austero Omega de acero. Al bajarlo del tren entre algunos gri-

tos destemplados de la chusma que pedía el paredón para el muchacho de color, el detenido proclamaba a los cuatro vientos su inocencia. Y yo aún diría más: le creo.

En cuanto a mi revelación del más plausible móvil de la partida de póquer, para lo único que ha servido es para que el miope comisario Peñota se haya interesado por la ilegalidad de estas y se proponga denunciarnos al fisco a jugadores y responsables del ferrocarril, lo cual ha traído emparejada cierta injusta animadversión hacia mí.

Por fin, con la doliente viuda en pos de su cónyuge, se ha efectuado el traslado del cuerpo del general. A la vista del féretro he mantenido un secreto presenten armas con el lapicero con que escribo el diario, adornado con la cabeza de goma de Silvestre Tornasol, y he jurado esclarecer la verdad. Descubriré a los ojos del mundo la auténtica faz del sanguinario Sukarrieta: no me cabe apenas duda de que es el asesino. A partir de este momento me convierto en una lapa observadora que no se perderá ni uno de sus movimientos. El *rendez-vous* con la sensual Covadonga queda en un espartano segundo plano y lo llevaré a buen término solo si mis obligaciones detectivescas me lo permiten.

Fausto ha barajado con la autoridad y sus superiores si el viaje debe proseguir o no. Lo previsto era llegar a Santiago pasado mañana, sábado. Algo menos de la mitad de los viajeros ya lo ha decidido por su cuenta: no quieren continuar en el tren gafe y han demandado a la compañía el traslado a la urbe compostelana en autobús. Los demás quieren seguir y entre ellos Sukarrieta y Covadonga, así que mi posición no tiene duda. Finalmente, se ha decidido que los supervivientes, me asombro a mí mismo por haber empleado este atroz concepto, podemos coronar el viaje.

El tren se ha vuelto a poner en marcha por la tarde, después de la hora de la comida de la que la mayoría hemos prescindido. No así Covadonga y su marido, que han acudido a la cita con las inciertas ollas del restaurante El Erizo Alegre acompañados por Sabugo, el nuevo guardaespaldas: un desgarbado ovetense feo con avaricia.

Durante el trayecto vespertino Sukarrieta ha permanecido en uno de los vagones sala. Se ha hecho el interesante con la lectura de una biografía novelada del protonazi Sabino Arana —¡qué incansables son con su monotema!—; y yo enfrente, a dos mesas, sacaba punta al lapicero con el cortaplumas que lleva en el mango un esmalte del villano Rastapopoulos en *Vuelo 714 para Sidney*. En un momento dado nos hemos mirado de hito en hito, conscientes ambos de la mutua animadversión.

Para recuperar tiempo se ha evitado la parada en Cudillero. A la caída de la

noche hemos llegado a la insulsa Luarca, población de la que lo único que merece la pena es el romántico cementerio situado sobre un acantilado.

Durante la cena de los catorce viajeros que quedamos —la media langosta que me han intentado endilgar parecía rustida con napalm— ha llegado otra noticia negra, la que para mí cierra el círculo de culpabilidad en torno al infecto Sukarrieta. A la casquivana Magnolia Burner le ha entrado un ataque de histeria cuando se lo han comunicado: su amiga Polly Flock ha aparecido despeñada en la ladera del Naranjo de Bulnes, muy lejos del punto de desaparición. ¿Cómo había llegado a la peligrosa montaña? Se especula que solo ha podido ser posible entre las garras de una enorme águila real. ¿Ya hay águilas de clase alguna que puedan elevar un cuerpo generoso de setenta y dos kilos? El ave la habría soltado desde una altura de unos cincuenta metros y luego devorado la garganta a formidables picotazos. Una vez más, el cadáver no conservaba ni una gota de sangre.

Fausto está hecho polvo. En los quince años de servicio del Transcantábrico no habían sucedido más que mínimos percances, nunca lo que en este viaje: dos accidentes mortales y un asesinato. Pero yo no lo clasificaría así, creo que no han sido accidentes sino asesinatos en los tres casos; encubiertos los de Tatsuni y Polly bajo la apariencia de muertes fortuitas y también obra del maníaco Sukarrieta. No sé qué clase de truco habrá empleado para arrojar desde el aire a la desdichada británica, pero lo descubriré.

NOTA BENE. Obviamente, las partidas de póquer han terminado. Cada uno nos hemos retirado a nuestros compartimentos pronto. Por lo menos, siempre hay algo bueno dentro de lo malo, también se ha prescindido de la sesión de karaoke.

Vuelvo a la página inicial de este diario para encabezarlo con un título que trazo con mayúsculas y tinta roja: *PÁNICO EN EL TRANSCANTÁBRICO*.

VIERNES: LUARCA - VIVERO

EL CASO CRIMINAL ha concluido y de manera feliz. Aunque ahora que ordeno mis pensamientos para narrar este desenlace todavía me tiemblan las manos y no sé si lo que voy a escribir resultará después legible. Publicar *Pánico en el Transcantábrico* no es ya pinito de escritor sino un deber para con la humanidad.

Esta noche he atravesado el peor trance de peligro y terror de mi vida.

Me aplico a la escritura cuando falta poco para que amanezca. La tensión nerviosa que he sufrido en las horas anteriores no ha restañado lo suficiente la resaca que me tunde: tengo un clavo de reglamento.

Paso como es lógico por alto las insulsas peripecias del día, salvo el aviso para navegantes de que nunca caigan en las descosidas redes del restaurante Pulpón de Ribadeo.

El tren estaba estacionado en Vivero para pasar la noche. Prescindí de ir a cenar y me quedé en el vagón del bar libando con generosidad de una botella de un Glenmorangie de quince años que no parecía del todo falsificado. ¿Por qué me quedé allí? Porque Sukarrieta también se había saltado la cena y despachaba con parsimonia un Contino reserva del ochenta y siete al otro extremo de la barra. En un momento dado me preguntó desde su taburete a ver si le vigilaba; le contesté con ingenio que el que se siente vigilado es porque tiene algo que ocultar. No cruzamos más palabras. Un par de horas después volvieron los viajeros de la cena. Covadonga pasó a mi lado; hizo la observación de que menudo pedal me iba a pillar yo solo. Desde luego era una clara insinuación para que la invitara a que me acompañase. Quizá era el momento de abandono del papel de duro esa última noche de viaje y consumir la seducción. Pero la lengua se me trabó y no atiné a explicarme. El ventajista Sukarrieta aprovechó mi momentánea flaqueza para llamarla a su lado y pedir al camarero un cubalibre de ron Pampero, el brebaje frecuentado por Covadonga.

Al rato, el bar se llenó de gente y lo mutaron en una insoportable discoteca con paupérrimas luces sicodélicas. La gente quería pasar esa última noche de juerga, lo que el vulgo suele entender con invariable mal gusto por una noche de marcha, para olvidar los trágicos sucesos de la semana. Se pusieron a bailar con ridículas contorsiones los machacones ritmos que atronaban el vagón. Menda, hierático en la barra, observaba la bochornosa escena y apuraba el Glenmorangie. Incluso Covadonga danzó —sabía moverse, ¡vive Dios!—, acompañada del asesino, que se bamboleaba con torpeza a su alrededor. La Pernil estaba bastante achispada. Ya le noté que volvía de la cena con la cisterna llena y los repetidos cubatas estaban dándole la puntilla. Oí cómo mandaba a Jacinto a la cama con el perro y poco después decía al nuevo gorila, el poco agraciado Sabugo, que podía retirarse también. Entonces comprendí con una punzada de angustia. El vil Sukarrieta bailaba en ese momento una pieza lenta con la diputada y la manoseaba con descaro. ¡Covadonga era la próxima víctima del carnicero! ¡Y sin duda aquel Jack el Destripador en modelo vascongado pensaba ejecutar sus planes esa misma noche! Los hechos se

sucedían ante mis ojos con inusitada rapidez. Volvieron a la barra y terminaron las copas. Sukarrieta marmoteó algo al oído de la indefensa presa, que sonrió con otorgamiento; acto seguido desaparecieron del bar con un escaso minuto de separación entre la partida de ella y la de él, que me miró con provocación al marcharse.

¡Tenía que actuar rápido! Armarme con algo y evitar la nueva atrocidad. A falta de utensilio mejor, cogí la botella, en la que solo quedaba un culillo de agua de fuego, y salí como pude de aquel antro, desorientado por las luces *flash*.

Quizá sí había soplado algo más de la cuenta. Mientras avanzaba haciendo eses por el pasillo hacia el compartimento de Sukarrieta, finiquité el contenido del vidrio para disponer de una maza más operativa. Distráido en la operación, me estrellé contra un gran extintor de incendios que emergía demasiado de la pared.

Recuperé el conocimiento. El huevo en la frente me pareció al tacto como de pterodáctilo. ¿Cuánto tiempo me había desvanecido? Consulté el reloj de pulsera, un Longines en cuya esfera Tintín corre, mientras se pone la gabardina, flanqueado por Milú. Solo habían pasado diez minutos. Deseé que no fuera ya demasiado tarde. La botella se había roto en la caída. Daba igual. ¡No quedaba tiempo que perder! Ni siquiera para solicitar la cobertura del artillado Sabugo. Llegué a la puerta de Sukarrieta y la aporreé con furia mientras le gritaba que era un puto asesino. Su voz, incomprensiblemente tranquila, me llegó desde el interior: me invitaba a pasar; contra toda lógica no había echado el pestillo. Entré con cautela al reducto de iniquidad. Mi escaso vello corporal se erizó. Sukarrieta estaba sentado en la cama, con el fular a topos del cuello suelto, lo que permitía apreciar una nuez prominente y nerviosa que subía y bajaba. Sostenía entre los brazos a la semidesnuda y desvanecida Covadonga —¡qué lencería negra de encaje transparente!, todavía no he podido sacármela de la retina—. Lo más terrible era la mirada del asesino: unos ojos de fuego color rojo sangre con titilantes chispas amarillentas que habían sustituido a los grisáceos del Sukarrieta camuflado: ¡los ojos del vampiro! ¡Sukarrieta era un vampiro! ¡Un bebedor de sangre humana! Eso explicaba el desangramiento de los cuerpos en los tres casos. ¡Era increíble! ¡Los vampiros existen! ¡Las leyendas son verdad!

La mirada infernal doblegó mi voluntad. Me obligó a sentarme en el suelo del compartimento, casi a sus pies. Abrió con desmesura la boca en una carcajada con resonancias del inframundo y mostró los hipertrofiados colmillos prestos a entrar en la carne prieta de su víctima; bueno, en realidad sus víctimas, pues me anunció que después de Covadonga me pasaría por la piedra también a mí —bagaje com-

pleto: nacionalista, vampiro y bisexual—. Añadió que estaba seguro de que caería en la trampa y acudiría a meter el hocico en su habitáculo. Esta noche nos haría ingresar en la legión de los *nosferatu*: los no muertos.

¿Habrán despertado ya a la sed eterna el general Bocarrota y la dulce Polly Flock?, a la que Sukarrieta, metamorfoseado en horrible monstruo volador, según él mismo confesaba, se llevó por los aires. Esa era la explicación de lo inexplicable. Y decían que había sido un águila. Al japonés, en su calidad de decapitado, se le supone exento de la maldición.

El vampiro no parecía tener prisa por calmar la sed de sangre; consciente de su dominio de la situación me explicó con prolijidad el origen de la maldición. La vertiente vampírica de Sukarrieta no remediaba un ápice su incontinencia verbal. Resumen por consideración al lector.

Carlos María Sukarrieta Retorta nació en realidad en Bilbao, y de madre turo-lense, en 1870. Y en 1899, hace un siglo, cuando le metieron en las venas esa sed insustituible, no era para nada nacionalista, sino un liberal convencido que trabajaba como agente de seguros en una sucursal bilbaína de la Lloyd's de Londres.

Una noche de la semana de Pascua, después de cenar con unos compañeros de trabajo en la calle Somera, intimó en una taberna con una magnética mujer que le confesó ser una vizcaitarra furibunda y examante despechada del padre del nacionalismo vasco, el mismísimo Sabino Arana. Tras el abandono del hosco visionario, se había tirado a la mala vida. Sukarrieta copuló con la mujer, lo cual le costó la noche eterna. La antigua amante de Arana, llamada Brígida Iturrate, era una vampira que mordió con fruición la garganta del pobre agente de seguros, como a su vez a ella la había taladrado uno de sus clientes, el capitán Sustacha, un vampiro navarro y carlista que fue ayudante de campo del general Zumalacárregui en 1835, durante el primer sitio de Bilbao

Si no hubiera sido por la peligrosa situación a la que me veía expuesto, el vampiro Sukarrieta me habría dado cierta lástima: condenado a esa suerte de nigromancia y al nacionalismo por un solo mordisco. Pero había un detalle que no me cuadraba. Si el conocimiento recopilado sobre las propiedades y limitaciones de la existencia vampírica es cierto en gran medida —lo de no reflejarse en los espejos ya me explicó que era una chorrada—, ¿cómo era posible que él se paseara con tranquilidad bajo la destructiva luz solar? Sukarrieta me aclaró que hasta hacía poco más de veinte años no le había sido posible y se limitaba al deambular nocturno, pero los notables adelantos de la cosmética le permitieron a partir de la década de los ochenta merodear durante el día bien embadurnado en filtro solar

de protección sesenta y nueve. Me expliqué en ese momento también el porqué de sus adustas antiparras verde oliva siempre puestas, incluso en interiores.

Por tanto, si damos validez a la doctrina sobre vampiros aprendida en la novela clásica de Bram Stoker y en las películas de la Hammer, la visión de una cruz tenía que repelerlo. Conque todo lo sibilino que me permitían los tres cuartos de Glenmorangie entre pecho y espalda y la hipnótica mirada de Sukarrieta, extraje de mi pecho la cruz de oro que pende de una cadena, la que me regaló la abuelita Visitación cuando mi primera comunión, y la enarbolé frente a la jeta del vampiro. Sukarrieta se partió de risa: me explicó que a él solo podía conmovérle la visión de un *lauburu*<sup>1</sup>.

El afán didáctico del vampiro tocaba a su fin. Covadonga parecía haber superado el primer trance del desmayo inferido y roncaba con placidez. Yo no podía moverme, una fuerza superior a la voluntad me mantenía con el culo pegado a la moqueta y los brazos laxos. Contemplaba así inerme cómo Sukarrieta se disponía a hincar los fieros colmillos en la hermosa garganta de Covadonga Pernil a la vez que le sobaba una teta. Pero en ese dramático instante la puerta del compartimento se abrió como reventada con nitroglicerina. Madame Perruche había cargado contra ella y ya estaba dentro. Antes de que el vampiro pudiera reaccionar, la ciclópea dama le clavó con las dos manazas en el esternón una afilada pica de roble, al tiempo que la fiel Odile la hundía en la impía carne mediante recios golpes asestados con una maza de críquet. El vampiro aulló extrañamente, con una mezcla de dolor extremo pero a la vez de arcano bostezo de un sueño anhelado durante una centuria. Me desmayé de nuevo.

Por fin amanece un nuevo día en la ventana de mi compartimento tras esta noche que parecía triunfo eterno de lo maligno. He sabido poco antes, mientras nos confortaban a Covadonga y a mí con pésimos carajillos de coñac, por boca de la propia madame Perruche, que en realidad ella y Odile pertenecen a un segmento desconocido de la Interpol dedicado a la caza de vampiros. Persegúan en secreto al ya liberado para siempre Sukarrieta desde hacía tiempo, con la sospecha bien fundada de que podía ser el depredador que asolaba el País Vasco. Pero el escurridizo chupasangre las había burlado una y otra vez, hasta la noche de autos. Las acaba de recoger un helicóptero de la Policía, deben operar con presteza sobre los cuerpos de Polly Flock y el general Bocarrota. Al separarnos, les he confiado mi sobria tarjeta de visita y anunciado que este caballero de Bilbao,

---

<sup>1</sup> En euskera, cuatro cabezas. Cruz tradicional de la mitología vasca con forma de esvástica de puntas redondeadas.

Francisco Javier Murga Bustamante, siempre estará en deuda con ellas porque les debe la vida. No sé si el ruido de las aspas les ha dejado entender la totalidad de mi discurso. En un congelador portátil, la bragada Odile transportaba la cabeza de nuestro vampiro. Cuando el artefacto comenzaba a elevarse, madame Perruche ha tirado mi tarjeta al vacío, indicándome de ese modo expresionista que su magnanimidad me liberaba de toda deuda de gratitud. Qué gran dama.

SÁBADO: VIVERO - SANTIAGO DE COMPOSTELA

EL ALUCINANTE VIAJE toca a su fin. Hemos llegado al mediodía a Santiago de Compostela.

Prescindo de la última comida, anunciada en el nauseabundo restaurante El Píloro, cuya sopa de crustáceos y el feroz osobuco aún no he conseguido olvidar desde la anterior y lejana visita. Procedo a despedirme de mis compañeros de odisea. He podido realizar un breve *tête-à-tête* con Covadonga para decirle que ya sé que las cosas entre nosotros no han sido durante el accidentado viaje como ambos hubiéramos deseado, pero que todo está por hacer y nuestras vidas en la flor. Me ha dado la espalda, supongo que para ocultar las lágrimas, mientras me daba su solicitado número de teléfono. Nos veremos en Madrid sin agobios vampíricos. ¡Ojalá sea muy pronto!

Tengo el vuelo directo de vuelta a Bilbao a las siete de la tarde. Mañana se casa Julito Currutaca y no puedo faltar al enlace en la basílica de Begoña ni a la comida en el club de golf. Así pues, cuento con el tiempo justo para ir con mi concha de romero a la catedral a que me den la bendición en este año jacobeo de 1999, tras haber fatigado completo el camino de Santiago. ¿Que ha sido en tren?, ¿y qué? Viva la nota diferencial de un dandi bilbaíno.

NOTA BENE. Estoy absolutamente indignado: me han echado casi a patadas por la puerta del Obradoiro. Los miserables clérigos se han negado a bendecir a Milo; les he tirado la concha a la cabeza.

NOTA FINAL —añadida dos semanas después—. Llamo al teléfono que me dio Covadonga y me sale siempre una tal carnicería Sánchez del barrio de Aluche. ¿Entendería yo mal el número?

# Alacranes en su Tinta





«La búsqueda, el contraste, será la norma que definirá a la nueva gastronomía, y serán permitidas todas las invenciones, que aunque puedan chocar al paladar, sean certeras y armoniosas».

ALAIN SAENDERAINS

«Se toma medio azumbre de vino blanco, 10 gramos de azúcar cande, 2 gramos de ácido tartárico, 50 gramos de coñac y 2 de bicarbonato de sosa. Disuélvase el azúcar en el vino, luego se echa el coñac y después el ácido tartárico y el bicarbonato. Encórchese inmediatamente la botella —que ha de ser de espeso vidrio— y sujétese con un bramante recio el corcho. Se deja reposar el líquido durante 304 días. El 305, ¡a beber!».

RECETA BILBAÍNA DE FINALES DEL SIGLO  
XIX PARA ELABORAR CHAMPÁN CASERO



Primera parte  
El mapamundi de Bilbao

«El mundo entero es un Bilbao más grande».

MIGUEL DE UNAMUNO  
Del poema «Hoy te gocé  
Bilbao» (*Rimas de dentro*)

# I

EL PÁNICO APARECIÓ de repente. No me invadió de un modo paulatino, me golpeó con un rapidísimo zarpazo helado que retumbó en mi sistema nervioso, instalando su cuartel general en la boca del estómago. Lo acompañó al instante una angustia física y mental, perentoria, insoportable.

—Por favor, por favor...

—¿Decía usted algo?

El taxista vuelve su poco agraciada cabeza de desertor del arado hacia mí y formula la pregunta con uno de esos acentos gallegos que no desaparece ni después de pasar medio siglo en Oxford.

Estamos parados a poco más de cien metros del museo Guggenheim sin avanzar ni un palmo, en medio del atasco de tráfico que colapsa todo el centro de Bilbao en esta noche de antevíspera de Nochebuena.

—No, no, nada. ¿No podemos salir por ningún otro lado? Por alguna bocacalle, no sé. Llevamos aquí clavados un cuarto de hora.

—Ya me dirá usted por cuál. Está todo hecho un asco. A ver cuando cambie el semáforo. Claro que entonces igual peor porque nos van a joder la marrana los que quieren ir al puente de Deusto. Pero ¿se encuentra mal?

—Todavía no.

No, creo que no. Aparte de la angustia y sus inequívocos síntomas, no siento otro malestar físico como calambres, náuseas o dolores. ¡La boca! La boca, sí. Me sabe como si estuviera chupando algo metálico, algo de cobre; ¿ese es el primer

síntoma? No, tranquilízate Pacho, simplemente se te ha secado por los nervios. Fabrica saliva y trágala. Eso es. ¿O no es? Por favor, por favor...

—Por mí de la hostia, a ver si me entiende, porque el cacharrete corre —da un cariñoso zarpazo al taxímetro, que marca ya ochocientos setenta y cinco pesetas y está colocado bajo un medallón de san Cristóbal con el niño de marras sobre la chepa y al lado de un horrendo esmalte lleno de colorines, el escudo de la dichosa Euskal Herria, la causa remota de mi desgracia presente—. Yo que usted, si tiene tanta prisa por llegar al Hospital de Basurto, me bajaba aquí, iba de una corrida a la boca de metro de la plaza Moyúa y, bueno, tampoco es que luego el metro le deje allí mismo, pero sí cerca.

—¿Y si saco un pañuelo blanco y usted toca el claxon? Seguro que nos hacen un hueco como sea y pasamos.

—¡De qué! ¿El pañuelo por qué? ¿Para que me pillen y me metan un paquete? ¿No me acaba de decir que no se encuentra mal? —guiña un ojo con desconfianza; me recuerda al abuelo de Popeye.

—Ahora, no. Pero después, igual sí. Seguro que sí.

—Bueno, pues entonces, si pasa, ya se sacará lo que haya que sacar —concluye el nazi.

—¡Avance! ¡Avance! Parece que se mueven.

—Tranquilo. No se me excite. Venga. Vamos a ver si esta es la buena.

Sí, tan buena como las famosas ostras crocantes que tan fuera de lugar me he comido. Gloriosamente crudas, envuelta cada una en una fresca hoja de espinaca para preservar todos sus jugos, revestidas con un sutil empanado de polvo de..., ¡de hostias! No más de veinte metros en primera y de nuevo parados. ¡Me cago en su puta madre y en el aciago día en que conocí a Antón Astigarraga Iramendi! La mandíbula me hace un temblequeo propio de dibujo animado y castañeteo los dientes.

—¿Tiene frío? ¿Pongo la calefacción?

—No. Da igual.

Quizá el monstruo este tiene razón y más me valiera salir pitando de su cochambroso coche, que apesta por cierto como un muladar, y voy al galope al hospital. Pero si corro se incrementará mi ritmo cardiaco —me mantengo por ahora en una semitaquicardia sostenida— y hará que la sangre circule más rápido. Y creo que eso podría acelerar los efectos. ¿O no? No sé qué hacer. Debo distraerme, evitar la obsesión; tarde o temprano el tráfico se tiene que desconges-

tionar. Venga, me decido y voy corriendo. Es lo mejor, sin duda: no perder más tiempo. Le pago al tonto de los cojones este, me bajo aquí mismo y salgo de estampía.

¡Ay, Dios!

En el instante en que iba a decir al taxista que adiós muy buenas, he sentido que caía a un fondo negro; me iba, me desconectaba: me moría. Han sido un par de segundos de ocaso, agónicos pero un par de segundos nada más. Ya ha pasado. Respiro hondo. Sudo frío. Una simple bajada de tensión, una respuesta del sistema nervioso debida a la angustia, eso habrá sido. Seguro.

—¡Oiga! ¿Es que no me oye?—se queja el taxista con tono brusco.

—Perdone, estaba distraído. ¿Qué me decía?

—Que si le ha tocado algo.

—¿Perdón?

—La lotería de hoy, hombre. El sorteo de Navidad. Que si ha rascado algo.

—En esa lotería, no. Pero en otra, igual me ha caído el primer premio.

El taxista se vuelve de nuevo hacia mí. Me clava los ojos y con una expresión entre malévola y burlona me dice en un tono opaco, inquietante y distinto:

—O sea que igual ha salido ya su número.

Siento otro escalofrío helado.

—¿Por qué me dice eso? ¿A qué se refiere?

No me contesta. Se vuelve hacia el volante y retoma el gárrulo discurso.

—A mí ni *pa* ir a tomar por culo. Lo de la lotería de Navidad, digo. Bueno, miento; una pedrea de mil duros y algo de dinero atrás, pero como jugaba treinta y dos mil pelás, pues eso, como todos los años, un pan como unas hostias. Y el gordo entero a Teruel, tiene cojones la cosa.

—Ya.

¿Por qué habrá dicho lo de que ha salido mi número? Es igual. A lo que estaba. Seguimos sin movernos. Pasado el mareo ya puedo irme. Venga, me bajo: me largo de esta puta trampa y me libro de esta cruz de tío.

Pensándolo mejor voy a esperar un poquito más. Pero si en cinco minutos como mucho el atasco no se deshace, me bajo. Esta vez de verdad. ¿Y si ya da igual que espere o que corra? ¿Si ya es demasiado tarde y no se puede hacer nada por salvarme? Cálmate, Pacho, que has salido de otras peores, viejo coyote, seguro, aunque ahora no te acuerdes de ninguna; entretente con algo.

En la radio, cuyos altavoces traseros me taladran democráticamente ambos oídos, un cretino suelta babosadas de espíritu navideño tan entrañables como el sitio de Leningrado.

—Claro, *laztana*<sup>2</sup>. Si te has portado bien con *aita* y *ama*, y estoy seguro de que sí, el Olentzero te traerá todos los juguetes y las cosas bonitas que le has pedido. A ver, ¿has sido una niña buena, Irati? La verdad de la buena, ¿eh?

—Regular.

—¿Cómo que regular? ¿Un poco desobediente quizá?

—Sí. El *osaba*<sup>3</sup> Joseba dice que sí.

—¿Y por qué dice eso el *osaba* Joseba?

—Porque no le dejo que me toque debajo del vestido y no quiero darle besitos al bicho feo que vive en su pantalón.

—Ya, bueno. Entiendo... Me dicen del control que hemos perdido la llamada. Ahora, a petición de nuestros simpáticos oyentes del reformatorio celular El Niño de La Bola, de Galdakao, el villancico-rumba interpretado por el grupo Costo de Agosto, *Los pastorcillos van al pogrom*.

Te está bien, charlatán de feria; buena plancha, por meticón y gilipollas. Le ha pillado tan desprevenido la candorosa delación de Irati que hasta ha cambiado la voz impostada de galán pedorrero por una parecida a la del gallo Claudio. Y el cachondo del tío Joseba va a pasar unas Navidades inolvidables: pederastia en las ondas, ese sí que es un buen regalo del puto Olentzero. Claro que el mío tampoco es para quejarse. ¿Quién me lo iba a decir? Bien jodido a cuenta del carbonero borrachón y guipuzcoano, del que tantas veces me he reído a cuenta de la patética cruzada de los nacionalistas, empeñados en sustituir a los fastuosos pero demasiado poco vascos Reyes Magos por un aldeano autista rescatado de la mitología de un valle perdido de la Guipúzcoa profunda —valga el pleonasma—. El oro, el incienso y la mirra sustituidos por las boñigas del asno del carbonero.

El leño gallego no comenta nada sobre el *osaba* y la niña; es probable que lo explicado por la angelical Irati exceda su capacidad de asimilación conceptual. Eso sí, animado por el ritmillo de hormiguero del sorprendente villancico-rumba, vuelve a colocar el brazo sobre el respaldo del asiento del copiloto y tamborilea con dedos de uñas largas y sucias —parece la garra de una fiera— sobre el tapizado de plástico; no lo soporto.

---

<sup>2</sup> Cariño.

<sup>3</sup> Tío.

—Perdone. ¿Puede dejar de hacer eso?

—¿Lo qué?

—Eso. ¡Tap-pa-tap!, con los dedos.

—¡Huy, qué sensible! Usted perdone. ¿Y la radio, le molesta también?

—También, pero menos.

—Pues no puedo quitarla; solo se apaga cuando paro el motor. Claro que si quiere apago el motor, total.

—¡No, no! ¡Ni se le ocurra! Oiga, de verdad, no estoy para muchas fiestas.

—Ni yo tampoco, señor. Mejor estaría ahora en el bar, o por ejemplo comprando cosas, como todos estos chorras; también cagándome en Dios en el atasco, pero de otro modo. ¡Hala! Todos como borregos al Corte Inglés. Y a ver a qué hora puedo ir yo, dígame, ¿eh? Pues yo se lo digo: cuando ya no quedan más que las mierdas que los demás no han querido; hecho un *desgraciao*, como siempre.

El fenómeno interrumpe su monólogo de lógica surrealista, evitándose así un acceso de histeria, para volver a darle fuego a la repugnante colilla de su purito barato. Un humo grisáceo, denso y picante, que no habría deslucido junto a la nube radiactiva de Chernobil, se expande de nuevo por el insalubre interior del taxi. Y encima no tengo tabaco, me he dejado el paquete de Benson & Hedges en El Mapamundi, al lado del ordenador con la confesión del sociópata y de la botella de Glenmorangie, cuando comprendí la que se venía encima y salí zumbando hacia el museo.

—Perdone, me he quedado sin tabaco. ¿No tendría por ahí un cigarrillo o un Farias de esos aunque sea?—pregunto con bien fingida humildad.

—Qué va. No tengo más que este. Y no le voy a pasar esta piltra, con lo pequeña y chupada que está. Pero si quiere que le sea sincero, aunque tuviera no le daba: no dejo fumar en el taxi. Hago una excepción por los nervios que pone el atasco, y solo conmigo, claro.

—Es usted encantador. Tiene que ser maravilloso que le toque a uno a su lado en un vuelo a Nueva York.

—¿Eso va de cachondeo o lo dice de veras?

—¡Se mueven! ¡Venga!

—Tranquilo hombre, no se ponga nervioso, que conozco el oficio. Conque no le gustaría ir conmigo a Nueva York, ¿eh?

—Que sí me gustaría, era broma. ¡Pero arranque de una puta vez!

Gracias a Dios, aunque en realidad no crea ni en mí mismo. De repente el tráfico fluye, con lentitud, pero fluye. La angustia me desciende un grado pero a continuación, sin un respiro, sube tres. Se oyen sirenas, sirenas inequívocas de ambulancias y Policía a mi espalda, en dirección al Guggenheim. Eso quiere decir que las manzanas maduras ya han empezado a caer del árbol.

## II

### TARJETA RETENIDA CONSULTE CON SU BANCO

LA DEBACLE COMENZÓ con semejante bofetada visual una fría noche de enero de este año 2000 que no sé si voy a ver acabar. ¡Cuánto ha cambiado mi vida y por ende yo mismo en estos escasos doce meses! Entonces era felizmente inútil e irresponsable, quizá un poquito chorra, pero dichoso a mi manera.

No di crédito a lo que leía en la pantalla, o mejor dicho, el que no me daba crédito era el cajero automático. Estaba en el Gran Casino Nervión, mi segunda residencia. Habían dado las doce de la noche, ya era otro día y podía volver a extraer cincuenta mil pelus —el magro límite— con las que remontar el *petit* descalabro que había sufrido a la ruleta. Con el rearme de la inyección económica y una prudente hégira a otra ruleta, ya pelado en la primera, perdiendo de vista a la señorita Soraya, una crupier canija con aires de *femme fatale* de colocar sobre la mesilla de noche, que atrae sobre mí la desgracia como un lerdo a las moscas, columbraba remontar el socavoncillo. Y de repente la frase aterradora en la cochina superficie virtual: «Tarjeta retenida». ¿Por qué? Me asaltaron funestos presagios.

La putada era exhaustiva, como si a un resacoso le mearan en su plato de sopa de cebolla; el ignaro cacharro no solo me cortaba el suministro, sino que me secuestraba el plástico salvavidas, la Visa que es como mi tercer brazo, y la confinaba en su despiadada panza metálica. ¡Francisco Javier Murga Bustamante tratado como un mindundi!

Sentí una punzada de franco pánico —creí entonces; pánico auténtico el de ahora— algo más abajo de la cintura y un denso mareo. Para no besar el suelo y doblegar el riesgo de lipotimia me relajé con la contemplación del juego óptico de mi reloj de pulsera, en el que unos conseguidos Tintín y Milú holografiados dan cabriolas cogidos de manos y patas.

—¿Qué te pasa, Pacho? ¿Ya estás cocido? ¿Te está dando un jamacuco?

Horror. El insufrible Nacho Totela, un niño de papá —reconozco que como yo— que vive a la sopa boba con un insultante excedente de liquidez, me había pillado en tan comprometido trance. Hice raudo acopio de autodisciplina zen y le dediqué una sonrisa mundana y displicente.

—Nada de eso, amigo Nacho. Un fútil contratiempo con este objeto inane. Sin ninguna razón me ha tragado una tarjeta de crédito. A veces se me antoja que estos artefactos tienen como vida propia, *you know*.

—Sí, ya sé cómo me dices —farfulló el mamón mirándome de reojo con rudimentaria suspicacia.

—Y el caso es que me he dejado la American Express y la Master Card en otra cartera. Una fatalidad, ahora que atisbaba la buena racha.

—Qué cosas.

El mastuerzo se hizo el tonto y me dejó caer hasta más abajo de la fosa de las Filipinas. Exhibió una Visa Platino y sacó ante mis caninos ojos veinte mil duros, del mismo cajero, para tocarme más los cojones.

—Pues parece que funciona bien la maquineta. Que te mejores, Pacho.

Me dio la espalda y regresó a sus torpes apuestas. Las cosas en caliente: anoté mentalmente el nombre del atorrante en el *top ten* de mi lista negra. ¡Se iba a enterar de lo que vale un peine este gañán insolidario!, que tiene por cierto fama de que le gusta chupar pollas más que a un tonto soplar un silbo.

Volví a la zona de juego. Estaba de jefe de sala esa noche el hosco Pelagra, que fingió no verme para disimular su falta de mundo; le habría hecho tan feliz concederme un crédito en fichas; pero jamás me rebajaría a pedir nada a semejante siervo de la gleba. Aturdido por el disgusto, confundí mi vaso marchito con un whisky mediado que había al lado y lo despaché de un trago. El titular de la copa, un patán sudoroso, osó amonestarme por el baladí error; ¡qué gentuza insensible frecuente el casino! Asqueado por la mediocridad y sordidez circundantes, hice mutis sumido en lóbregos pensamientos.

Milo, mi fiel fox terrier ratonero, me aguardaba paciente, amarradito a un bolardo de la entrada del casino, bajo la protectora vigilancia de Roque, el amable cancerbero, que parecía haber olvidado ya la noche en que mi mascota le miccionó una pernera del sufrido uniforme. El cariñoso portero jugaba con Milo a tirarle piedrecitas, quizá un poco grandes para el tamaño de mi can; cosas de buen bruto. Cuando me vio salir, el humilde lacayo se puso a mirar al techo y a silbar para que no me sintiera obligado a darle una propinilla por sus desvelos, ¡qué majo! Al desatar a Milo me di cuenta de que algún villano le había marcado la suela del zapatón en el lomo. ¿Cómo puede haber monstruos capaces de semejantes abyecciones? Maltratar a un animalito que no ladra más que a los gitanos. Miré a Roque con severidad. Avergonzado por mi muda petición de cuentas ante su falta de celo, el infeliz portero se sacó brillo a un zapato con la dichosa pernera del uniforme servil.

Acompasado mi paso elástico al alegre trotecillo de Milo, me dispuse a dar un melancólico paseo.

### III

MILO SE PARÓ A levantar la pata en la confluencia con la calle Elcano. La copa de cóctel en neón parpadeante del cercano Twins me hipnotizó como a Lee Remick la palabra «bar» en *Días de vino y rosas*. Hice un rápido arqueo de caja: un único billete, y encima de mil, y varias chapas de veinte duros. Estaba en el fondo del pozo y me habían dado con el cubo de hierro en medio de la cabeza; ¡pero me llegaba para un par de *dry martinis*!

El Twins es un bar que descubrí hace muchos años y que frecuento al menos una vez por semana. No es bonito, ni acogedor, ni está limpio, ni los dueños son simpáticos, más bien todo lo contrario; pero a cambio, preparan los mejores cócteles del mundo. No exagero. He visitado multitud de coctelerías en Madrid, Barcelona, París, Londres o Nueva York y en ninguna parte llegan a roer el listón de lo sublime del Twins. El bar lleva abierto veinticinco años. Sus dueños, los hermanos Rigoitia, Julián y Josemari, dos gemelos idénticos, sexagenarios y belicosos, ofician personalmente las milagrosas eucaristías, las auténticas transubstanciaciones que consiguen a partir de nobles alcoholes con la coctelera y el vaso mezclador. Margarita, tequila *sunrise*, Alexander, *whisky* y *pisco sour*, *southern comfort*, *old fashioned*, Manhattan, mojito, vaca verde, sesos de guipuzcoano, *daiquiri frozen*, *negroni*, *tom collins*, *gimlet* o *gin fizz* son algunos de los salmos líquidos que entonan con inigualable sapiencia.

Mi devoción se inclina por el cosmopolita *dry martini* de ginebra —el de vodka me parece un brebaje para *mujiks* alcohólicos—, que tomo muy seco, ape-

nas mojado por la dosis adecuada de vermut blanco francés Noilly Prat —el único admisible—: lo que cabe en un dedal de costurera; pero sin llegar a las excentricidades de agostamiento de Churchill, al que le bastaba que un rayo de sol atravesara la botella de vermut incidiendo sobre la copa. Y desde luego, lo prefiero en vaso mezclador que preparado en coctelera, revuelto y no agitado, al revés que el fantasma de James Bond —«*Shaken, not stirred, he says*»—, que para más inri lo toma de vodka, el insulso *vodkatini*.

—Vamos a cerrar enseguida. Lo que vaya a ser, que sea rápido.

—Entonces, si hay apremio, dos *dry*, Josemari, de Bombay Sapphire, por favor.

—Soy Julián.

Y es que los gemelos Rigoitia son indistinguibles. Con el paso de los años incluso sus alopecias han evolucionado igual, ambos conservan la misma verruga pilosa en la mejilla izquierda y se suenan los mocos sin pañuelo de un modo idéntico.

Lo primero que me gustó del Twins es que no hay en la puerta uno de esos repugnantes recuadros con la noble testa de un pastor alemán tachada con un aspa roja. Los gemelos siempre han tratado bien a mi perro, limitándose a la inocente broma de intentar acertarle en un ojo con los huesos de las olivas. Y luego está el aire decadente del local, con aroma de film *noir* europeo y de los servicios, cuyas cisternas siempre han funcionado mal. El lugar ideal para terminar una noche de derrota como aquella.

Además, el bar alberga un misterio que realza su encanto. Desde que abrieron el local, hace un cuarto de siglo, los gemelos Rigoitia no se hablan. Y nadie, que yo sepa, sabe la razón. Cada uno atiende su mitad de la barra y cuando tienen que comunicarse algo lo hacen a través de un pizarrín que pende de la entrada de la pequeña cocina, sita al final de la barra, y en el que les gusta producir horrísonos chirridos con la tiza para medir la paciencia de la fiel parroquia.

Hay una leyenda no confirmada respecto al ostracismo mutuo. Los Rigoitia, antes de instalarse en Bilbao, trabajaron algunos años en Nueva York. Allí alcanzaron el doctorado *cum laude* en su oficio; mantuvieron un pequeño bar de *cocktails* en Brooklyn al que bautizaron con el evocador nombre de *The Water of Bilbao*<sup>4</sup>. He oído que Frank, sí, la Voz, el gran Sinatra, frecuentaba el bar y que

---

<sup>4</sup> Los *bilbainos* llamamos «agua de Bilbao» al champán por pura chulería provinciana.

era adicto al *bloody mary* —con una ramita de apio— preparado por Josemari. Se dice incluso que en cierta ocasión, antes de ser elegido presidente, el propio JFK se agarró allí una buena manga de cubalibres en compañía del mafioso Sam Giancana.

La leyenda afirma que Julián mantuvo un fugaz idilio con Ava Gardner, muy aficionada a los varones garridos —al parecer, en su juventud los gemelos Rigoitia no eran del todo repugnantes—, a cualquier destilado con un mínimo de cuarenta y cinco grados y aún no divorciada de Sinatra, que fue quien descubrió a la diosa el *The Water of Bilbao*. Aseguran que Josemari suplantó a su simétrico hermano. Parece ser que la pasional Ava no se percató del cambalache hasta la hora de templar gaitas. La identidad anatómica de los gemelos Rigoitia no debía de ser exhaustiva y fue en la intimidad donde la experta catadora Gardner descubrió y apreció en lo que valía la diferencia. Lejos de enfadarse por la añagaza, la estrella a partir de entonces solo otorgó sus preciados favores a Josemari. Dicen que esta, y no otra, es la comprensible razón del prolongado mosqueo de los gemelos Rigoitia, quizá incrementado porque Sinatra se enteró en esa ocasión de qué lado venía el aire que le soplaban entre los cuernos y la paliza de los chalotes de Little Italy, amigos de Frankie, se la llevó Julián.

Apurado el primer néctar, no me demoré en el ataque al segundo; un *dry martini* tibio es como una real hembra con ligueros de Dior pero zapatos planos de monja.

No había en ese momento más clientes en el Twins que yo y otro parroquiano habitual, que compartía una botella de Roda I —un Rioja muy potable— con los dueños, al final de la barra.

El tipo me había llamado ya la atención en otras ocasiones; un sujeto de unos cincuenta años, dipsómano, grandote, vocinglero, fanfarrón, pendenciero y de ademanes bruscos. Un *barfly* como tantos otros si no fuera por un detalle: era la auténtica encarnación del capitán Haddock. Con el pelo y la barba canosos pero parecidísimo en las esenciales facciones con que dibujó Hergé al genial personaje. Amén de la forma de comportarse, en la que el desconocido remedaba a la perfección ese aire de constante ciclón del entrañable «anacoluto».

El sosias de Haddock estaba bastante cocido, como siempre que lo había visto. Apuré la copa de tinto de un trago y se despidió de sus anfitriones dando una palmada en la barra como para espachurrar un moscón de medio kilo.

Avanzó bamboleando la trompa hasta la puerta, cerca de la cual me encontraba sentado en un taburete, con Milo atado por la correa a un gancho de la barra. Antes de salir se detuvo y me miró con cara de ogro de cuento infantil y ojos inyectados en ira y sangre.

—¿Tú no sabes que está prohibido meter animales en los establecimientos públicos de despacho de bebidas?

—Perdone, no sabía que hubiéramos compartido alguna vez mesa usted y yo para que me tutee.

—¡Déjate de hostias, renacuajo! ¡Y saca a esa piltrafa del bar! ¿Es que no me has oído?

—Perfectamente. Pero en este local no hay ningún letrero que prohíba la entrada de mascotas. Y en todo caso, de decirme alguien algo, creo que tendrían que ser los dueños.

—Pero te lo digo yo, mequetrefe. ¿Es que no te vale? —me acercó la cabezota en plan intimidatorio.

—Pues no, no me vale. Además, mi perro está aquí atado y no molesta a nadie. Y aléjese, por favor, apesta usted demasiado a vino y suelta perdigones.

Desarmado por mi impasibilidad británica, el energúmeno se volvió hacia los gemelos en busca de apoyo.

—¿No te jode? El gilipollas este me dice que apesto y que escupo.

—¡Venga, venga, Antontxu! Si quieres darle unas hostias, te lo llevas a la puta calle. Aquí nunca hay broncas —dijo Julián o Josemari con un curioso sentido del velado por la seguridad de sus clientes.

—No me parece mala idea. Te digo, soplapollas, lechuguino de los cojones, que esa mierda de perro lamecoños, acompañante de maricones, me molesta a mí, y eso basta para que me haga un llavero contigo —me acercó todavía más la jeta. Soltó otra ráfaga de repulsivos perdigones, lo cual me obligó a achinar los ojos—. Y además, no lleva bozal —sonrió satisfecho por su espectacular descubrimiento.

Me dejó la obvia respuesta en bandeja y no me privé.

—A usted sí que habría que ponerle bozal.

Se volvió cárdeno y los ojos surcados de venillas rotas pugnaron por salir disparados como tapones de champán. Pensé con ilusión que igual le daba una apoplejía.

—¡Me cago en tu puta madre! ¡Te espero en la calle! ¡Me da por el culo que seas un enano! ¡Te voy a inflar a hostias!

Abrió la puerta con tal ímpetu que creí que la desencajaba.

—Cierra la puerta o sal rápido, que entra frío —le dijeron desde el fondo.

Pero no salió. Se quedó quieto, mirándome retador, sin duda perplejo por mi flema y alto punto de ebullición. Saqué un cigarrillo del paquete de Dunhill mentolado y lo encendí al revés; qué desagradable experiencia. Fue la única muestra física que delató mi real acojono.

—Lo siento, señor. No practico boxeo con psicópatas.

Se quedó perplejo, anonadado. Tardó en reaccionar. Había dado en el centro de la diana. Pasó del cárdeno al gris ceniciento y algo de espuma sanguinolenta o del tinto le asomó por la boca. Se quitó el abrigo con tal vehemencia y torpeza que quedó trabado un momento. Era una buena ocasión para incrustarle el cercano cenicero de cristal de roca en el cráneo, pero soy un caballero, no un matón de taberna.

—¡Sal, cabrón! ¡Ahí fuera te espero!

Salió como una tromba, se paró en medio de la acera y tiró con rabia el abrigo contra el capó de un coche lleno de mierda mientras seguía dedicándome un rosario completo de epítetos gruesos. Con parsimonia desaté a Milo, me puse en pie y salí corriendo hacia los lavabos, donde me atrincheré con pestillo y rogué a los Rigoitia que cerraran la puerta del bar con llave o llamaran a la Policía. Ya que para colmo, noche aciaga por donde se mire, había olvidado mi teléfono móvil, una monada con la forma del fetiche *arumbaya* de *La oreja rota*, en casa.

No abandoné mi baluarte hasta media hora después —¡qué mal olía allí dentro!—, cuando por fin me convencieron de que el cavernícola se había quedado como un tronco, arrimado contra la pared.

Nunca hubiera podido imaginar que aquella desagradable pero a la vez fútil bronca, iba a marcar el prolegómeno de mi futura estrecha relación con Antontxu Astigarraga —así se llamaba la encarnación del capitán Haddock—, del reciente conocimiento de su extraña y terrible historia y de la muy preocupante situación actual.